

El precio de la normalidad durante una pandemia

Nuestras vidas han cambiado precipitadamente en las últimas semanas. Los estados de alarma, cierres de fronteras y distanciamiento social son sólo el comienzo. Sin duda, al igual que la seguridad doméstica e internacional no es igual después del 11-S, la pandemia que estamos viviendo cambiará muchos aspectos de nuestras sociedades. Incluso, y sobre todo, está cambiando también el orden de prioridad de nuestros valores con respecto a la democracia. Comenzamos a preguntarnos, por ejemplo, si estaremos más dispuestos a renunciar a nuestra libertad y privacidad de manera más extrema para garantizar seguridad por parte del Estado. Esta y muchas otras cuestiones están en juego ahora más que nunca.

Por otra parte, la cuarentena que más de una tercera parte de la población mundial está viviendo representa para muchos una oportunidad de crecimiento interior. Podemos estar más atentos de nuestras familias y las personas con las que vivimos, tomar cursos en línea, volver a tocar la guitarra, o aprender un idioma nuevo. Pero mientras por la noche estamos decidiendo si queremos ver la nueva temporada de *La casa de papel* o la nueva película de Netflix, en otra parte del mundo las decisiones que muchas personas están tomando en ese mismo momento son extremadamente distintas.

Nicaragua es un país pequeño pero con grandes personas. Como es el caso de casi todos los países en Latinoamérica, este es un país con inmenso potencial por sus recursos naturales y el espíritu de su gente, pero actualmente es uno de los países más pobres del mundo por la mal gobernanza de sus políticos. En abril del 2018 comenzó una crisis política en Nicaragua que hasta el día de hoy siguen sufriendo miles de personas. Se aproxima que han muerto alrededor de 500 personas, que entre 600 y 1.500 personas han sido arrestadas, resultando en más de 2.800 heridos y en más de 100.000 personas que han tenido que huir del país. Aún así, los números no hacen justicia al gobierno de terror del presidente Daniel Ortega y su esposa (y vicepresidenta) Rosario Murillo, y al sufrimiento que han infligido en la población nicaragüense. Dos años después del comienzo de la crisis, parece que el final todavía no está cerca.

Tomando todo esto en cuenta, no es difícil deducir que este país no está listo para afrontar una pandemia. No sólo por el hecho de que se invierta solamente 0,9% del PIB en gastos sanitarios, lo que equivale a menos de 20€ por persona al año. Tampoco porque hay tan sólo 9 camas hospitalarias por cada 10.000 habitantes en el país. No está de más agregar que entre el 35% y el 40% de la población no tiene acceso a servicios sanitarios, y que el 78% de la población económicamente activa no tiene seguro de salud.

Ante la enorme preocupación que causan estos números en general y no sólo ante una pandemia como el COVID-19, otro aspecto que preocupa en Nicaragua es lo susceptible que es la población ante los engaños del gobierno. Igual que con la salud pública, el gobierno parece no preocuparse por la educación del país. Invierten tan sólo 1,1% del PIB en enseñanza, y los últimos datos disponibles indican que, en el 2010, el 28% de los niños y 47% de los adolescentes en el país estaban fuera de la escuela. Como resultado de esto, los gobernantes tienen un control inmensurable sobre la población ignorante. Por lo tanto, cuando el Ministerio de Salud (MINSa) anuncia que "Nicaragua no ha establecido, ni

establecerá, ningún tipo de cuarentena” y que “las personas provenientes de países con riesgo de transmisión ... no tendrán ninguna restricción en su movilidad y desplazamiento en el país”, pero que “continuaremos promoviendo las medidas preventivas en la población en general”, la mayoría de las personas creen que no están bajo ningún riesgo.

Luego, mientras que en el resto del mundo se prohíben o evitan concentraciones de personas, Ortega y Murillo convocaron una manifestación en desafío a la pandemia con el título “Amor en tiempos del COVID-19”, en la que participaron miles de simpatizantes sandinistas y trabajadores del Estado el 14 de marzo. Además se están organizando actividades de verano como concursos de belleza y de baile. Al gobierno parece no preocuparle la situación que tiene paralizado al resto del mundo, pues parecen tomarlo con humor e insisten en “seguir todo con normalidad”. Pero el mismo Ortega ha estado ausente durante las últimas tres semanas, instando rumores sobre su estado de salud.

Con al menos cinco casos y una muerte confirmada, Nicaragua se encuentra en camino a la cúspide de una crisis que afectará a este país más de lo que nos podemos imaginar. A pesar de la falta de información de parte del gobierno, miles de nicaragüenses han decidido quedarse en casa voluntariamente por miedo a la situación a la que puede llegar el país. Una vez más Nicaragua está demostrando que el país es mucho más que las personas que lo gobiernan, y siguen aferrándose a la esperanza de pronto, las cosas cambiarán. Porque aunque para una dictadura las crisis tengan un coste alto, para la democracia el precio de la normalidad durante una pandemia es mucho peor.

Alexia Tefel, 2º de PPE. Nicaragua